

*Para Jason y Kat, ahora que iniciáis una vida juntos.
Que el jardín que plantéis eche fuertes raíces,
se transforme con los colores y las formas que cada uno aporte,
y que los dos lo cuidéis para que florezca en todo su esplendor.*

DEMOLICIÓN

El pasado no puede ser mostrado;
no podemos saber lo que no somos.
Pues un velo cubre el pasado, el presente y el futuro.

HENRY DAVID THOREAU

1

Cuenta una leyenda que en una ocasión Steve McQueen se bañó desnudo entre las aneas y los nenúfares del estanque de la Pequeña Granja. Si era cierto, y a Cilla le gustaba creer que lo era, el Rey del «Cool» se había desnudado y se había sumergido en el estanque después de *Los siete magníficos* y antes de *La gran evasión*.

Según algunas versiones de la leyenda, esa bochornosa noche de verano en Virginia, Steve había hecho bastante más que refrescarse, y básicamente lo había hecho con la abuela de Cilla. Aunque por entonces ambos estaban casados con otras personas, la leyenda despertaba más admiración que desprecio. Y dado que ambos habían muerto hacía muchos años, ninguno de los dos podía confirmarla ni desmentirla.

De todos modos, pensó Cilla mientras observaba las aguas turbias del estanque repleto de nenúfares, ninguno de los dos se había tomado la molestia —al menos por lo que ella sabía— de confirmarlo o de negarlo cuando aún podían.

Verdadero o falso, imaginó que Janet Hardy, la glamurosa, la trágica, la rutilante, la angustiada, se lo pasó en grande con las habladurías. Los iconos también necesitan divertirse de vez en cuando.

Bajo la deslumbrante claridad amarillenta del sol y con el

frío menos punzante de marzo refrescándole la cara, Cilla podía visualizar la escena perfectamente. La calurosa noche de verano, el azul oscuro bañado por el reflejo de la luna. Los jardines en su esplendor habían embriagado el aire con su fragancia. El agua, fresca y sedosa sobre la piel, sería del color de la infusión de manzanilla, con flores rosadas y blancas esparcidas sobre ella como perlas brillantes.

Janet también estaría en su esplendor, reflexionó Cilla. Su dorado cabello le caería suelto sobre los blancos hombros... No, los hombros también dorados, bronceados por el verano. Hombros dorados en el agua color té, y sus ojos azul ártico brillando por la risa y muy probablemente por el alcohol.

Música chispeante sonando en la oscuridad, como las luciérnagas que brillaban sobre los fértiles campos y el aterciopelado césped, imaginó Cilla. Las voces de los invitados del fin de semana vagaban por el césped, los porches y los patios tan alegres como la música. Estrellas tan luminosas como las que refulgían en lo alto como pequeñas joyas diseminadas en el claro de luna.

Oscuros puntos de sombra, luces de colores proyectadas por los farolillos.

Sí, así tuvo que ser. El mundo de Janet era un mundo de luces deslumbrantes y profundas oscuridades. Siempre.

Cilla esperaba que Janet se hubiera sumergido en aquel estanque despreocupadamente desnuda, ebria, alocada y feliz. Y totalmente inconsciente de que su agitada, desesperada y gloriosa vida acabaría apenas una década más tarde.

Antes de alejarse del estanque, Cilla tomó unas notas en su grueso cuaderno. Necesitaba una limpieza, un análisis y una puesta a punto ecológica. Apuntó que debía documentarse sobre gestión y mantenimiento de estanques antes de ponerse manos a la obra, o contratar a un experto.

Después estaban los jardines. O lo que quedaba de ellos, pensó mientras atravesaba la hierba alta y desigual. Las malas

hierbas —verdaderos mantos de enredaderas, matas que habían crecido demasiado y cuyas ramas asomaban entre el follaje como huesos pardos— empañaban lo que antaño debió de ser sencillamente formidable. Otra metáfora, supuso Cilla, de aquello que fue alegre y hermoso y que cortaron y enterraron en su pleno esplendor.

Decidió que necesitaría ayuda. Una ayuda considerable. Por mucho que deseara ocuparse personalmente de ese proyecto, hacerlo con sus propias manos, estaba claro que ella sola no podría limpiar y cortar, arrancar y quemar, y rediseñar.

El presupuesto tendría que incluir a una cuadrilla de jardineros. Anotó que debía examinar fotografías antiguas de los jardines, comprar libros de paisajismo y aprender del tema, y ponerse en contacto con jardineros de la zona para pedir presupuestos.

Recorrió con la mirada el descuidado césped, las vallas tiradas, el viejo establo de color hollín y maltratado por las inclemencias del tiempo. Allí había habido gallinas —o eso le habían dicho—, un par de preciosos caballos, campos de cultivo bien cuidados, un pequeño y próspero bosque de árboles frutales. Cilla quería creer —quizá necesitaba creer— que podía recuperarlo todo. Que la primavera siguiente, y todas las primaveras posteriores, podría pararse justo donde estaba en ese momento y mirar los brotes, las flores, lo que había sido de su abuela.

Lo que ahora era suyo.

Veía cómo era y cómo había sido antes a través de sus propios ojos azul ártico protegidos por la visera de una gorra de béisbol de *Sacude la casa*. Su pelo, más color miel que polvo de oro, asomaba por detrás de la gorra en una cola larga y alborotada. Llevaba una sudadera gruesa con capucha sobre sus fuertes hombros y su largo torso; unos vaqueros gastados cubrían sus largas piernas, y calzaba unas botas que había comprado hacía años para una excursión por las montañas Blue Ridge. Las mismas que se recortaban en ese momento contra el cielo.

Hacía años, pensó. La última vez que había estado en el este, que había estado aquí. Cuando, supuso, se plantó la semilla de lo que se disponía a hacer ahora.

¿Significaba eso que en parte ella tenía la culpa de los últimos cuatro años, quizá cinco, de abandono? Podría haber presionado antes, podría haber exigido. Podría haber hecho algo.

«Lo haces ahora», se recordó.

No seguiría lamentando el retraso más de lo que lamentaba la manipulación y los amargos razonamientos que había utilizado para obligar a su madre a que le cediera la propiedad.

«Ya es tuya, Cilla —se dijo—. No lo eches a perder.»

Se volvió, respiró hondo y, a través de la hierba alta y las zarzas, se encaminó hacia la vieja casa de campo donde Janet Hardy había celebrado fiestas deslumbrantes, o adonde se había escapado entre una película y otra. Y donde, en 1973, en otra calurosa noche de verano, se quitó la vida.

Eso decía la leyenda.

Había fantasmas. Percibirlos era casi tan agotador como evaluar los tres destartados pisos, afrontar la mugre, el polvo y aquel desalentador abandono. Cilla suponía que los fantasmas habían mantenido a raya el vandalismo y la ocupación. Así que las leyendas tenían su utilidad.

Había hecho conectar la electricidad y había llevado bastantes bombillas y lo que creía que serían suficientes productos de limpieza para ponerse manos a la obra. Había solicitado los permisos y había buscado contratistas.

Era hora de empezar.

Tras ordenar sus prioridades, atacó el primero de los cuatro baños que no habían visto un estropajo en los últimos seis años.

Sospechaba que los últimos inquilinos no se habían molestado mucho con tales sutilezas durante su estancia.

—Podría ser peor —murmuró mientras frotaba y rascaba—.

Podría haber serpientes y ratas. Anda, calla. No vaya a ser que aparezcan.

Tras un par de horas sudando y vaciando un cubo tras otro de agua sucia, pensó que por fin podía arriesgarse a utilizar los baños sin pillar una infección. Bebió un poco de agua mineral y bajó por la escalera de atrás para empezar con la gran cocina de la granja. Y cuando vio el laminado azul cielo sobre blanco de la gruesa encimera, se preguntó de quién habría sido la idea y por qué habría creído que pegaba con la magnífica cocina económica antigua O'Keefe & Merritt y la nevera Coldspot.

Estéticamente, la habitación superaba lo horrendo, pero había que dar prioridad a la higiene.

Dejó abierta la puerta trasera para que la cocina se ventilara, se puso de nuevo los guantes de goma y abrió con mucho cuidado la puerta del horno.

—Qué asco...

Mientras casi todo el contenido de un bote de limpiahornos hacía su cometido, Cilla se enfrentó a las bandejas del horno, los quemadores, la encimera y la tapa. Le vino a la cabeza una fotografía. Janet, en la cocina, con un delantal de volantes sobre un vestido con cintura de avispa y su luminoso pelo recogido en una cola llamativa, removiendo algo en una cazuela. Sonreía a la cámara mientras sus dos hijos la miraban con adoración.

Una foto publicitaria, recordó. Para una revista femenina. *Redbook* o *McCall's*. La antigua cocina de la casa, con la plancha en el centro, brillaba como una nueva esperanza. Cilla se juró que volvería a brillar. Un día removería algo en una cazuela en esa cocina con la misma destreza fingida que su abuela.

Se agachó para comprobar la acción del limpiahornos y de pronto pegó un respingo de sorpresa al oír su nombre.

Él estaba de pie en la puerta, la luz del sol creaba un halo alrededor de su pelo rubio plateado. Su sonrisa resaltaba las arrugas de su cara, todavía muy atractiva, y suavizaba esos tranquilos ojos color avellana.

El corazón de Cilla saltó de la sorpresa a la alegría, y después a la vergüenza.

—Papá.

Cuando él avanzó, con los brazos abiertos para abrazarla, Cilla levantó las manos y retrocedió.

—No, no. Estoy hecha un asco. Estoy llena de... Prefiero no saber de qué. —Se pasó el dorso de la muñeca por la frente y después se quitó los guantes de goma—. Papá —repitió.

—Aquí hay un hueco limpio. —Le levantó la barbilla con la mano y le besó la mejilla—. Hay que ver...

—Mejor no verlo. —Pero se rió; el primer momento de incomodidad había pasado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Alguien te reconoció en el pueblo cuando te paraste a comprar y se lo dijo a Patty. Y Patty —siguió, refiriéndose a su esposa— me llamó. ¿Por qué no me dijiste que venías?

—Pensaba hacerlo. Es decir, pensaba llamarte. —Algún día. Tarde o temprano. Cuando supiera qué decir—. Primero quería llegar aquí y luego... —miró hacia el horno— me lié.

—Ya lo veo. ¿Cuándo has llegado?

Cilla sintió una punzada de culpa.

—Oye, salgamos al porche. Fuera no se está mal del todo y tengo una neverita con unos sándwiches esperándonos. Deja que me lave un poco y luego charlamos.

Fuera no se estaba mal del todo, pensó Cilla cuando se sentó con su padre en los escalones medio hundidos, pero tampoco era ninguna maravilla. El césped descuidado, el jardín lleno de hierbajos, los tres perales de flor sin podar y una maraña de lo que parecían glicinas tenían fácil arreglo. Algún día. Pero el magnífico y viejo magnolio rosa, de follaje tupido y brillante, y los testarudos narcisos se abrían paso entre la armadura espino-sa de las rosas trepadoras en los muros de piedra.

—Siento no haber llamado antes de venir —empezó Cilla al tiempo que le tendía una botella de té frío para acompañar el sándwich—. Siento no haberte llamado cuando he llegado.

Él le acarició la rodilla; abrió la botella de ella y después la suya.

Muy propio de él, pensó Cilla. Gavin McGowan se tomaba las cosas como venían: lo bueno, lo malo y lo regular. Que hubiera podido enamorarse del caos emocional que era su madre le resultaba incomprensible. Pero de eso hacía mucho tiempo, se dijo, y quedaba muy lejos.

Mordió su sándwich.

—Soy una mala hija.

—La peor —dijo él, y la hizo reír.

—¿Peor que aquella chica que mató a su padre y a su madrastra y salió absuelta? ¿Cómo se llamaba? Ah, Lizzie Borden.

—Bueno, la segunda peor. ¿Cómo está tu madre?

Cilla masticó y puso los ojos en blanco.

—En la escala de mamá, seguro que Lizzie Borden ahora está por detrás de mí. Por lo demás, bien. Número Cinco está montando un espectáculo de cabaret para ella. —Ante la mirada interrogativa de su padre, Cilla se encogió de hombros—. Creo que si la media de duración de tus matrimonios es de tres años, asignar números a los maridos es práctico y eficaz. Este es buen tío. Mejor que Número Cuatro y Número Dos, y mucho más listo que Número Tres. Y es la razón de que yo esté aquí sentada compartiendo un bocadillo con el inigualable Número Uno.

—¿Y eso por qué?

—Ella necesitaba dinero para organizar la obra musical. Yo tenía un poco.

—Cilla.

—Espera, espera. Yo tenía un poco de dinero y ella tenía algo que yo quería. Quería esta casa, papá. Hacía mucho que la quería.

—Has...

—Sí, he comprado la finca. —Cilla echó la cabeza atrás y se rió—. Y ella está cabreadísima conmigo. No la quería, eso está claro. Ya ves cómo está todo. Hace años, décadas, que no ha

venido por aquí, y ha despedido uno tras otro a los administradores, capataces o guardeses. No quería dármele, y hace un par de años cometí el error de pedírsela. Entonces no quiso vendérmela.

Dio otro bocado al sándwich, ahora disfrutándolo.

—Entonces puso su cara trágica y me soltó el rollo de Janet. Pero resultó que ahora necesitaba capital para un proyecto y quería que yo invirtiera. A mi negativa siguió una pelea de aúpa y mucho teatro. Les dije a ella y a Número Cinco que compraría la finca, mencioné una cantidad y dejé claro que iba en serio.

—Te la vendió. Te vendió la Pequeña Granja.

—Después de mucho rechinar de dientes, mucho llanto, varios comentarios lamentables sobre mi comportamiento filial desde el día en que nací. Y más de lo mismo. Da igual. —O casi, pensó Cilla—. Ella no la quería, y yo sí. La habría vendido hace mucho tiempo de no habérselo impedido los fideicomisos. Solo podía venderse y transferirse a la familia hasta... creo que hasta dos mil doce. En fin, Número Cinco la tranquilizó y todos conseguimos lo que queríamos.

—¿Qué vas a hacer con la finca?

Vivir, pensó ella. Respirar.

—¿Tú recuerdas cómo era, papá? Yo solo había visto esto en fotos y en las viejas películas de casa, pero tú estuviste aquí cuando estaba en su esplendor. Cuando los jardines estaban preciosos y los porches relucían. Cuando la finca tenía personalidad y gracia. Eso es lo que voy a hacer. Recuperarla.

—¿Por qué?

Cilla oyó el «¿Cómo?» no verbalizado y se dijo que no importaba que su padre no supiera lo que ella era capaz de hacer. O casi no importaba.

—Porque merece algo mejor que esto. Porque creo que Janet Hardy merece algo mejor que esto. Y porque puedo. Hace cinco años que estoy rehabilitando una casa tras otra. Dos años que lo hago prácticamente sola. Sé que ninguna de ellas tenía la

escala de esta, pero se me da bien. He ganado bastante dinero con mis proyectos.

—¿Lo vas a hacer para sacar dinero?

—Puede que cambie de idea en los próximos cuatro años, pero ahora mismo no. No llegué a conocer a Janet, pero ha influido en casi todos los ámbitos de mi vida. Algo de este lugar la atraía, incluso al final. Algo me atrae a mí también.

—Esto está muy lejos de todo lo que has conocido —dijo Gavin—. No me refiero solo a los kilómetros, sino al ambiente. La cultura. El valle del Shenandoah, esta parte del valle, sigue siendo muy rural. En Skyline Village viven unos pocos miles de personas, y las ciudades más grandes, como Front Royal y Culpepper, no tienen nada que ver con Los Ángeles.

—Supongo que me apetece explorarlo, y quiero pasar más tiempo con mis raíces de la costa Este.

Deseaba que a él le gustara la idea en lugar de preocuparse por si fracasaba o abandonaba. Otra vez.

—Estoy harta de California, estoy harta de todo aquello, papá. Nunca quise lo que mamá quería, para mí o para ella.

—Lo sé, cariño.

—Así que viviré aquí una temporada.

—¿Aquí? —Parecía estupefacto—. ¿Vivir aquí? ¿En la Pequeña Granja?

—Lo sé, es una locura. Pero he acampado montones de veces, y eso es lo que haré durante unos días. Luego ya podré instalarme dentro. Tardaré nueve o diez meses en rehabilitarla, quizá un año, si quiero hacerlo bien. Y cuando termine sabré si quiero quedarme o mudarme. Si decido mudarme, ya pensaré entonces qué hacer a continuación. Pero ahora mismo, papá, estoy harta de mudarme.

Gavin no dijo nada durante un rato, después pasó el brazo por los hombros de Cilla. ¿Tenía idea de lo que esa demostración de apoyo significaba para ella?, se preguntó Cilla. ¿Cómo podía saberlo?

—Esto era precioso, un lugar precioso, feliz y lleno de esperanza —dijo él—. Caballos pastando, el perro dormitando al sol. Las flores eran una maravilla. Creo que cuando Janet estaba aquí se ocupaba ella misma del jardín. Venía a descansar, decía. Y descansaba, pero no durante mucho tiempo. Enseguida necesitaba a la gente, creo. Necesitaba el ruido y las risas, la luz. Pero de vez en cuando venía sola. Sin amigos, sin familia, sin la prensa. Siempre me pregunté qué hacía en sus visitas solitarias.

—Conociste aquí a mamá.

—Sí. Éramos unos críos, y Janet celebró una fiesta para Dilly y Johnnie. Invitó a muchos chicos del pueblo. A Janet yo le caía bien, y siempre que estaba aquí me invitaba. Cuando éramos críos, Johnnie y yo jugábamos juntos, y en la adolescencia seguimos siendo amigos, aunque él empezó a salir con otra pandilla. Luego Johnnie murió. Él murió y todo se volvió negro. Después de eso, Janet empezó a venir sola más a menudo. Cuando tenía vacaciones en la universidad, me encaramaba al muro para ver si Janet estaba aquí, si Dilly estaba con ella. La veía pasear sola, o veía las luces encendidas. Después de la muerte de Johnnie hablé unas cuantas veces con ella, tres o cuatro. Luego se fue. Desde entonces las cosas aquí no volvieron a ser como antes.

»Esta casa merece algo mejor —dijo él con un suspiro—. Y ella también. Tú eres la indicada para intentarlo. Puede que seas la única capaz de hacerlo.

—Gracias.

—Patty y yo te ayudaremos. Deberías quedarte con nosotros hasta que esto esté habitable.

—Te tomo la palabra en lo de la ayuda, pero quiero quedarme aquí. Quiero vivir este lugar. He investigado un poco, pero me vendría bien que me recomendaras a algunos operarios, especializados o no. Fontaneros, electricistas, carpinteros, paisajistas. Y hombres fuertes capaces de obedecer órdenes.

—Ve a buscar tu cuaderno.

Ella se levantó, iba a entrar en la casa pero se volvió.

—Papá, si las cosas entre tú y mamá hubieran ido bien, ¿habrías seguido en el mundillo? ¿Te habrías quedado en Los Ángeles?

—Quizá. Pero nunca fui feliz allí. O no fui feliz mucho tiempo. No me sentía cómodo siendo actor.

—Eras bueno.

—Lo suficiente —dijo él con una sonrisa—. Pero no quería lo que Dilly quería, para ella o para mí. Así que entiendo a qué te referías cuando has dicho eso mismo. Ella no tiene la culpa de que nosotros queramos algo más, Cilla.

—Tú encontraste aquí lo que querías.

—Sí, pero...

—Eso no significa que yo también lo encuentre. Lo sé —dijo ella—. Pero nunca se sabe.

Primero, suponía Cilla, debía descubrir qué quería. Durante más de la mitad de su vida había hecho lo que le habían dicho y había aceptado que lo que tenía era lo que quería. Había pasado el resto de su vida escapando de aquello o esquivándolo o analizándolo como si estuviera sucediéndole a otra.

Antes de que aprendiera a hablar ya era actriz porque eso era lo que su madre quería. Se pasó la infancia interpretando a otra niña, una niña más mona, más lista y más buena que ella. Cuando eso acabó, entró en lo que los agentes y productores denominan los años difíciles, en los que el trabajo escasea. Grabó con Dilly un álbum madre-hija desastroso, e hizo un puñado de películas de terror para adolescentes en los que se consideraba afortunada de que la asesinaran de forma horripilante.

Antes de cumplir los dieciocho años ya había quedado fuera de circulación, pensó Cilla mientras se metía en la cama de la habitación que había cogido en un motel. Una vieja gloria, una

qué-se-hizo-de-ella, que aparecía en algún papel de estrella invitada en la tele o ponía su voz en los anuncios.

Pero las largas series de la tele y unas cuantas películas de serie B dignas de olvidarse le proporcionaron unos ahorros. Fue lista y no los desperdició, aprovechó para probar distintas cosas y descubrir si le gustaban.

Su madre dijo que estaba desperdiciando su don, y su terapeuta lo calificó de evasión.

Cilla lo denominaba su curva de aprendizaje.

Lo llamaras como lo llamas, aquello la había traído hasta allí, a un motel bastante roñoso de Virginia con la perspectiva de un trabajo duro, agotador y caro para los próximos siete meses. Y se moría de ganas de empezar.

Puso la televisión con la intención de tenerla de fondo mientras se sentaba en la cama, con un colchón lleno de bultos, para repasar sus notas. Oyó caer un par de latas de la máquina expendedora que había fuera, cerca de su puerta. Detrás de su cabeza, el sonido fantasmal de la tele de la habitación contigua atravesaba la pared.

Con las noticias en la tele de fondo, confeccionó su lista de prioridades para el día siguiente. Lo primero, un baño que funcionara. Acampar no le suponía ningún problema, pero si dejaba el motel necesitaba contar con unos servicios básicos. El trabajo agotador exigía una ducha. La fontanería, prioritaria.

Cuando tuvo la lista a medias se le empezaron a cerrar los ojos. Se recordó que quería dejar la habitación y ponerse manos a la obra a las ocho, y apagó la tele y después la luz.

Mientras se adormilaba, los fantasmas de la habitación contigua atravesaron la pared. Oyó la hermosa voz de Janet Hardy entonando una canción destinada a desgarrar corazones.

—Perfecto —murmuró Cilla llevándose la canción en su sueño.

Estaba sentada en el bonito patio con vistas al apacible estanque y las verdes colinas que daban paso a las montañas azuladas. Rosas y azucenas embriagaban el ambiente con un perfume que volvía locas a las abejas, y un colibrí, brillante como una esmeralda, se lanzaba sobre el néctar. El sol resplandecía en un cielo sin nubes y lo empapaba todo de una luz dorada de cuento de hadas. Los pájaros cantaban a gritos en una armonía propia de Disney.

—Casi espero ver a Bambi retozando con Tambor —comentó Cilla.

—Así lo veía yo. En los buenos tiempos. —Joven, bonita, con un delicado vestido blanco de verano, Janet bebía una limonada chispeante—. Un plató perfecto, listo para que yo hiciera mi entrada.

—¿Y en los malos tiempos?

—Un escape, una prisión, un error, una mentira. —Janet encogió sus bonitos hombros—. Pero siempre a un mundo de distancia.

—Pero te traías ese mundo contigo. ¿Por qué?

—Lo necesitaba. No podía estar sola. Cuando estás sola hay demasiado espacio. ¿Cómo lo llenas? Amigos, hombres, sexo, drogas, fiestas, música. Sin embargo, aquí podría estar tranquila durante un tiempo. Aquí podía fingir, fingir que volvía a ser Gertrude Hamilton. Aunque ella murió cuando cumplí seis años y nació Janet Hardy.

—¿Deseabas volver a ser Gertrude?

—Por supuesto que no. —Una risa, alegre y despejada como el día, se meció en el aire—. Pero me gustaba fingir que sí. Gertrude habría sido mejor madre, mejor esposa, seguramente mejor mujer. Pero no habría sido tan interesante como Janet; ni mucho menos. ¿Quién la recordaría? ¿Y a Janet? Nadie la olvidará. —Con la cabeza ladeada, Janet le brindó su sonrisa: humor y complicidad con sexo reluciendo en las comisuras—. ¿Acaso no eres tú la prueba de ello?

—Tal vez. Pero lo que te sucedió, y lo que le sucedió a este lugar, me parece un desperdicio terrible. No puedo hacer que vuelvas, ni siquiera puedo conocerte. Pero puedo hacer esto.

—¿Lo haces por ti o por mí?

—Por las dos, creo. —Vio el bosquecillo, lleno de flores rosadas y blancas, repleto de fragancias y de posibilidades. Y los caballos pastando en verdes campos, dorados y blancos en contraste con las colinas—. Para mí no es un plató perfecto. No necesito que sea perfecto. Para mí es el legado que me has dejado y, si puedo recuperarlo, será mi homenaje a ti. Procedo de ti; y a través de mi padre, de este lugar. Quiero conocerlo, y sentirlo.

—Dilly odiaba esto.

—Antes no lo sé. Pero ahora desde luego que sí.

—Anhelaba Hollywood, con letras grandes y brillantes. Nació anhelándolo, pero carecía del talento o el valor para conseguirlo y conservarlo. Tú no eres como ella, ni como yo. Quizá... —Janet sonrió y volvió a beber—. Quizá tú te pareces más a Gertrude. Eres más como Trudy.

—¿A quién mataste aquella noche? ¿A Janet o a Gertrude?

—Menuda pregunta. —Con una sonrisa, Janet echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

Pero ¿cuál era la respuesta?, se preguntó Cilla mientras volvía en coche a la finca por la mañana. ¿Y por qué es importante? ¿Por qué hacerle preguntas a un sueño?

Al fin y al cabo, la muerte era la muerte. Su proyecto no tenía nada que ver con la muerte, sino con la vida. Con hacer algo por sí misma a partir de lo que habían abandonado a la ruina.

Cuando se paró para abrir la verja de hierro de la entrada a la finca, pensó que podía eliminarla. ¿Simbolizaría la reapertura de algo que había estado cerrado, o sería una estupidez monumental que las dejaría indefensas a ella y a la propiedad? Los

dos batientes chirriaron al empujarlos y le quedó óxido en las manos.

A paseo los símbolos y la estupidez, se dijo. Eliminaría la verja porque abrirla era una lata. Cuando terminara el proyecto, podía volver a colocarla.

Después de aparcar frente a la casa, fue a abrir la puerta principal y la dejó de par en par para que entrara el aire matinal. Se puso los guantes de trabajo. Decidió que acabaría de limpiar la cocina. Y esperaba que el fontanero que le había recomendado su padre apareciera.

Fuera como fuese, se instalaría. Aunque tuviera que plantar la maldita tienda en el jardín.

Estaba empapada de sudor cuando llegó el fontanero, un hombre barbudo llamado Buddy. Hizo la inspección con ella, escuchó sus planes y se rascó mucho la barbilla. Cuando Buddy le dio lo que a ella le pareció un cálculo que se había sacado de la manga para el trabajo solicitado, Cilla le miró con cara inexpressiva.

Él sonrió y se rascó un poco más.

—Puedo prepararle un presupuesto más formal. Bajaré mucho si compra usted misma los materiales.

—Lo haré.

—De acuerdo. Le haré un presupuesto y ya hablaremos.

—Me parece bien. Mientras tanto, ¿cuánto me cobraría por desatascar la bañera del cuarto de baño de arriba? No desagua bien.

—¿Me deja echar un vistazo? Los presupuestos son gratis y para eso he venido.

Ella lo acompañó, no tanto porque no se fiara de él como porque una nunca sabe lo que puede aprender. Aprendió que el hombre no perdía el tiempo y que su precio por esa pequeña tarea —y un repaso rápido al lavabo y el retrete— significaba que deseaba tanto conseguir ese trabajo que no inflaría el presupuesto.

Cuando Buddy se metió en su furgoneta, Cilla esperó que el carpintero y el electricista a los que había convocado para que le dieran presupuestos trabajaran igual de bien.

Sacó el cuaderno y tachó la cita con Buddy de su lista del día. Después cogió el mazo. Le apetecía un poco de demolición, y los tablones podridos del porche delantero eran perfectos para empezar.

2

Con el mazo al hombro y las gafas protectoras puestas, Cilla dio un buen repaso al hombre que se acercaba por el camino de entrada. Un perro que parecía sacado de un dibujo animado, blanco y negro y feísimo, con una cabeza enorme y un cuerpo rechoncho y pequeño, trotaba a su lado.

A ella le gustaban los perros, y esperaba tener uno algún día. Pero esa era una criatura rarísima; tenía ojos saltones, orejitas puntiagudas de demonio en lo alto de su desproporcionada cabeza y meneaba una cola corta y delgada como un látigo.

En cuanto al hombre, estaba mucho mejor que el perro. Unos vaqueros descoloridos y deshilachados en los bajos y una holgada sudadera gris tapaban a un varón de metro noventa y largas piernas. Llevaba gafas de sol con montura de metal, y los vaqueros tenían un roto horizontal en una rodilla. La barba de dos días le daba ese aspecto que a Cilla siempre le parecía demasiado estudiado para ser atractivo. Aun así, hacía juego con ese abundante pelo castaño y con mechass que se le rizaba de cualquier manera sobre las orejas.

Cilla desconfiaba de los hombres que llevaban mechass; imaginó que aquel había pagado por su dorado bronceado en un salón de belleza. ¿Acaso no había dejado a ese tipo de hombres en Los Ángeles? Aunque esos elementos le parecieron inofensivos

y una despreocupada sonrisa de «hola-qué-tal» se dibujó en esa boca bien definida, Cilla agarró más fuerte el mazo.

Si fuera necesario, podría utilizarlo para algo más que para aporrear tablones podridos.

No tuvo que mirarle a los ojos para saber que él también le estaba dando un buen repaso.

Se detuvo al pie de los escalones del porche mientras el perro subía rápidamente a olisquear —aunque el ruido que hizo se parecía más al resoplido de un cerdo— las botas de Cilla.

—Hola —dijo él, y la sonrisa se acentuó un poco más—. ¿Puedo echarte una mano?

Ella ladeó la cabeza.

—¿En qué?

—En lo que tengas pensado. Viéndote con ese mazo enorme en una propiedad privada, me pregunto qué tramas. —Metió los pulgares en los bolsillos y siguió hablando con acento de Virginia—: No tienes pinta de gamberra.

—¿Eres poli?

La sonrisa se iluminó.

—Yo tengo tanta pinta de poli como tú de gamberra. Oye, perdona que me meta donde no me llaman, pero si has pensado en llevarte algunas cosas de la casa y venderlas en eBay, debo pedirte que lo reconsideres.

Cilla apartó el mazo del hombro; pesaba. Él no se movió al ver que lo bajaba y lo apoyaba en la baranda del porche. Pero ella se dio cuenta de que se ponía tenso.

—¿Ebay?

—No compensa las molestias. ¿Quién va a creer que vendes cosas auténticas de la casa de Janet Hardy? ¿Por qué no lo dejas y ya está? Yo cerraré, y aquí no ha pasado nada.

—¿Eres el guarda?

—No. Los despiden a todos. Sé que parece que a nadie le importa un rábano este sitio, pero no puedes llegar y desmontarlo todo.

Fascinada, Cilla se levantó las gafas protectoras sobre la cabeza.

—Si a nadie le importa, ¿por qué a ti sí?

—No puedo evitarlo. Y quizá admiro las agallas que se necesitan para saltar cerraduras y dar martillazos a plena luz del día, pero, en serio, tienes que largarte. Puede que a la familia de Janet Hardy no le importe si esto se lo lleva el próximo vendaval, pero...

Calló, se bajó un poco las gafas por la nariz, miró por encima de ellas, luego se las quitó distraídamente y las dejó colgando de una patilla.

—Esta mañana estoy espeso —dijo—. Será porque solo he tomado un sorbo de café antes de ver tu furgoneta, la verja abierta y todo eso. Cilla... McGowan. Me ha costado un poco. Tienes los ojos de tu abuela.

Ella se dio cuenta de que los de él eran verdes, y el sol le teñía de oro la montura de las gafas y los mechones de pelo.

—Has acertado en todo. ¿Quién eres tú?

—Ford. Ford Sawyer. Y el perro que te está lamiendo las botas es Spock. Vivimos al otro lado de la carretera. —Alzó el pulgar por encima de su hombro y ella vio una laberíntica casona victoriana en un bonito montículo al otro lado de la calle—. ¿Intentarás aplastarme el cerebro con eso si subo al porche?

—Seguramente no. Si me dices a qué has venido y cómo es que no me viste en todo el día de ayer ni has visto a Buddy el fontanero ni a los contratistas que se han marchado hace media hora.

—Ayer todavía estaba en las Caimán. Me concedí unas pequeñas vacaciones. Supongo que me he perdido a los contratistas porque hace media hora que me he levantado de la cama. Estaba tomando mi primera taza de café en el porche cuando he visto tu furgoneta y la verja. ¿Bien?

Parecía razonable, decidió Cilla. Y quizá el bronceado y las mechas eran naturales. Dejó el mazo en la barandilla.

—Dado que soy una de las personas a las que sí les importa un rábano este sitio, te agradezco que te tomes la molestia de vigilarlo.

—Ningún problema. —Avanzó hasta que se situó en el escalón inmediatamente debajo de ella. En vista de que sus ojos estaban al mismo nivel y que ella medía uno setenta y cinco, Cilla decidió que su cálculo de metro noventa había dado en el clavo—. ¿Qué piensas hacer con el mazo?

—Los tablones están podridos. Hay que rehacer el porche. Y para eso primero hay que demolerlo.

—Porche nuevo, Buddy el fontanero, que por cierto sabe lo que hace, varios contratistas. Diría que planeas reformar la casa.

—Así es. Pareces fuerte. ¿Necesitas trabajo?

—Ya tengo uno, y no me llevo muy bien con las herramientas. Pero gracias. Spock, saluda.

El perro se sentó, ladeó su cabezota y levantó una pata.

—Encantador. —Cilla se inclinó, le estrechó la pata y los ojos saltones de Spock chispearon—. ¿De qué raza es?

—Un cuatro patas. Será agradable mirar hacia aquí y ver esta casa como me imagino que era. ¿La arreglas para venderla?

—No. La arreglo para vivir yo. Por ahora.

—Bueno, es un sitio precioso. O podría serlo. Tu padre es Gavin McGowan, ¿no?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Fue mi profesor de lengua en el último año de instituto. Al final lo bordé, pero me costó sudor y lágrimas. El señor McGowan nos hacía trabajar como esclavos. Bueno, te dejo que sigas aporreando tablones. Trabajo en casa, así que casi siempre estoy. Si necesitas algo, pega un grito.

—Gracias —dijo ella, sin ninguna intención de seguir su consejo. Se colocó las gafas y cogió el mazo mientras él bajaba ya por el camino de entrada con el perro trotando a su lado. Entonces se dejó llevar por un impulso—. ¡Oye! ¿Quién le pone a su hijo el nombre de una marca de coche?

Él se dio la vuelta y retrocedió.

—Mi madre tiene un sentido del humor bastante peculiar. Afirma que mi padre me plantó en ella mientras empañaban las ventanas de su Ford Cutlass en una gélida noche de primavera. Podría ser verdad.

—Si no, debería serlo. Ya nos veremos.

—Es lo más probable.

Una situación fascinante, se dijo Ford mientras se llevaba una taza de café recién hecho al porche para su pospuesto ritual. Allí estaba ella —esbelta, flexible, ojos azul claro— aporreando el viejo porche.

Ese mazo seguramente pesaba mucho. La chica debía de tener buenos músculos.

—Cilla McGowan —dijo a Spock mientras el perro perseguía gatos invisibles en el jardín— se ha mudado al otro lado de la carretera.

¿Acaso no era estimulante? Ford recordaba que su hermana adoraba a Katie Lawrence, la niña que Cilla había interpretado durante... ¿cinco?, ¿seis?, ¿siete años? ¿Quién iba a saberlo? Se acordaba de Alice paseando con su fiambarrera de *Nuestra familia*, jugando con su muñeca Katie y cargando orgullosa con la mochila Katie.

Teniendo en cuenta que Alice no tiraba nada, Ford sospechaba que todavía conservaría los recuerdos de la serie de televisión *Nuestra familia* y de Katie en algún lugar de Ohio, donde vivía ahora. Tenía que acordarse de mandarle un correo electrónico y ponerle los dientes largos con la nueva vecina que se había echado.

En aquella época la serie era demasiado blanda para él. Prefería la fantasía de *Los Transformers* y la acción de *El coche fantástico*. Recordaba que después de una pelea de campeonato con Alice por Dios sabía qué, él se vengó desnudando la muñeca

Katie, amordazándola con cinta adhesiva y atándola a un árbol, custodiada por su ejército de soldados imperiales de *La guerra de las galaxias*.

Le cayó una bronca descomunal, pero valió la pena.

Había cierto morbo en eso de estar mirando la versión adulta y en directo de Katie cambiando el mazo por una especie de palanca. Y en imaginarla desnuda.

A él le sobraba imaginación.

Hacía cuatro años que se había mudado a aquella casa, pensó Ford. Había visto llegar e irse a dos guardas, el segundo hacía menos de seis meses. Y hasta hoy no había visto a nadie de la familia de Janet Hardy. Aparte de los casi dos años que había pasado en Nueva York, había vivido en la zona toda su vida. Había oído que la hija del señor McGowan, Cilla, había pasado por allí un par de veces, pero nunca la había visto, ni siquiera de lejos.

Y ahí estaba ahora: hablando con fontaneros, demoliendo porches y... Identificó la furgoneta negra que enfilaba el camino de entrada de la casa como la de su amigo Matt Brewster, un carpintero del pueblo. Cuando otra furgoneta llegó treinta segundos después, Ford decidió que se prepararía otra taza de café, y quizá un cuenco de cereales, y se llevaría el desayuno al porche para poder observar las idas y venidas.

Una hora más tarde pensó que debería ponerse a trabajar. Las vacaciones habían terminado y tenía una fecha de entrega. Pero lo que estaba pasando ahí fuera era demasiado interesante. Otra furgoneta se añadió a las dos primeras, y también la reconoció. Brian Morrow, ex atleta y receptor de fútbol americano, y tercero en el eterno triunvirato Matt, Ford y Brian, dirigía su propia empresa de paisajismo. Desde su puesto, Ford observó a Cilla recorrer el terreno con Brian, la vio gesticular y luego consultar su grueso cuaderno.

No podía evitar admirar cómo se movía. Supuso que la magia estaba en esas piernas que recorrían el terreno con decisión

y al mismo tiempo parecían tomárselo con calma. Toda esa energía acumulada en un armazón tan esbelto, los ojos azul glacial y la piel de muñeca de porcelana disimulando el músculo necesario para...

—Caramba, un momento. —Se incorporó un poco, entornó los ojos y se la imaginó otra vez con el mazo al hombro—. Un mango más corto —murmuró—. Cabeza de dos caras. Sí, sí. Diría que ya estoy trabajando.

Entró en casa, cogió un cuaderno de dibujo y lápices e, inspirado, sacó los prismáticos. De nuevo en el porche, enfocó a Cilla y estudió la forma de su cara, la línea de la mandíbula, su constitución. Tenía una boca fascinante y sexy, se dijo, con un surco profundo en el labio superior.

Cuando empezó el primer boceto, probó con diferentes escenarios y los descartó casi a la misma velocidad que se le ocurrían.

Daría con ello, pensó. La idea a menudo surgía a partir de los bocetos. La vio... Diane, Maggie, Nadine. No, no, no. Cass. Simple, un poco andrógino. Cass Murphy. Cass Murphy. Inteligente, seria, sola, incluso solitaria. Atractiva. Volvió a mirar a través de los prismáticos.

—Oh sí, atractiva.

La ropa sobria no eliminaba el atractivo, pero lo disimulaba un poco. Siguió dibujando; cuerpo entero, primer plano de la cara, perfil. Entonces detuvo el lápiz y reflexionó. Las gafas podían ser un tópico, pero encarnaban la inteligencia. Y siempre eran una buena máscara para el álter ego.

Las dibujó, probó con monturas sencillas, oscuras, rectangulares.

—Ahí estás, Cass. ¿O debería decir doctora Murphy?

Pasó la página y empezó de nuevo. Camisa safari, pantalones color caqui, botas, sombrero de ala ancha. Fuera del laboratorio o del aula, en trabajo de campo. Sus labios se curvaron mientras pasaba página otra vez, y su mente iba a mil por hora

mientras bosquejaba en quién y en qué se convertiría su Cass. La piel, la coraza y esos bonitos pechos asomando por encima. Brazales de plata por encima del codo, largas piernas desnudas, el pelo suelto y un aro de metal precioso, símbolo de su rango, coronando su cabeza. ¿Un cinturón con alhajas?, se preguntó. Quizá. Un arma antigua: una maza. Brillante como la plata cuando la aferraba la descendiente de la diosa guerrera...

Y, claro, necesitaba un nombre para ella.

¿Romano? ¿Griego? ¿Vikingo? ¿Celta?

Celta. Quedaría bien.

Levantó el cuaderno y sonrió a la imagen.

—Hola, preciosa. Juntos vamos a dar mucho que hablar.

Echó una mirada al otro lado de la carretera. Las furgonetas ya se habían ido y, aunque no se veía a Cilla por ninguna parte, la puerta principal de la finca estaba abierta.

—Gracias, vecina —dijo Ford.

Se levantó y entró en la casa para llamar a su agente.

A Cilla, estar sentada en el bonito patio de la impecable mansión colonial de ladrillo de su padre, tomando un té frío servido con mucha ceremonia por su madrastra, le parecía surrealista. Sencillamente, aquella escena no encajaba con ninguna de las fases anteriores de su vida. Cuando era una cría, sus visitas a la costa Este habían sido pocas y muy espaciadas. El trabajo estaba por encima de las visitas, al menos desde el punto de vista de su madre.

Cilla recordaba que su padre había ido a verla de vez en cuando. Y la había llevado al zoo y a Disneyland. Pero durante los buenos tiempos de su serie, siempre había paparazzi, niños revoloteando alrededor de ella, y sus padres sacando fotos. «El trabajo está por encima de Fantasilandia —pensó Cilla—, tanto si te gusta como si no.»

Después, claro, su padre y Patty tuvieron su propia hija,

Angie, su propio hogar, su propia vida al otro extremo del país. Que para Cilla era lo mismo que el otro extremo del mundo.

Ella nunca encajaría en ese mundo.

¿No era eso lo que su padre había intentado decirle? Estaba muy lejos de todo, y no solo por los kilómetros.

—Se está bien aquí —dijo Cilla, buscando una frase adecuada.

—Es nuestro lugar favorito para descansar —apuntó Patty con una sonrisa demasiado forzada—. Pero todavía hace un poco de frío.

—Se está bien. —Cilla se devanó los sesos pensando qué podía decirle a aquella mujer dulce y maternal, de cara agradable, melenita oscura y ojos nerviosos—. Seguro que los jardines estarán preciosos dentro de una semana o dos, cuando todo empiece a brotar.

Observó el parterre, las matas y las parras, el césped bien cortado que se llenaría de zonas de sombra cuando el arce rojo y el cerezo echaran hojas.

—Has trabajado mucho.

—Bueno, me entretengo. —Patty se pasó los dedos por su melenita oscura y retorció el aro de plata de su oreja—. Gavin es el jardinero en esta casa.

—Oh. —Cilla miró a su padre—. ¿En serio?

—Me gusta jugar con la tierra. Supongo que no superé esa etapa.

—Su abuelo era agricultor. —Patty dedicó una sonrisa rápida a Gavin—. O sea que lo lleva en la sangre.

¿Por qué no sabía aquello?

—¿Aquí, en Virginia?

Los ojos de Patty se abrieron sorprendidos, después miró a Gavin.

—Mmm...

—Creía que lo sabías; tu abuela compró la propiedad a mi abuelo.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿La Pequeña Granja? ¿Era tuya?

—Nunca fue mía, cariño. Mi abuelo la vendió cuando yo era un crío. Recuerdo que perseguía a las gallinas y que me reñían por ello. Mi padre no quería trabajar la tierra, y sus hermanos y hermanas, los que vivían en aquella época, ya se habían desperdigado. Así que la vendió. Janet estaba aquí, rodando exteriores. *Danza en el establo*.

—Conozco esa parte de la historia. Se enamoró de la granja donde rodaban y la compró en el acto.

—Más o menos en el acto —dijo Gavin con una sonrisa—. Y mi abuelo se compró una autocaravana, lo juro, y él y la abuela se echaron a la carretera. Viajaron de una punta a otra durante seis o siete años, hasta que ella tuvo un derrame cerebral.

—Así que eran tierras de los McGowan...

—Y siguen siéndolo. —Sin dejar de sonreír, Gavin sorbió su té—. ¿O no?

—A mí me parece un círculo precioso. —Patty alargó una mano y acarició la de Cilla—. Recuerdo cómo brillaban las luces en esa casa cuando Janet Hardy estaba aquí. Y que en verano, si pasabas en coche con las ventanas abiertas, oías música, y a veces veías a mujeres con ropa fabulosa y a unos hombres guapísimos. De vez en cuando ella venía al pueblo o lo cruzaba con su descapotable. Era toda una imagen.

Patty volvió a coger la jarra, como si no pudiera tener las manos desocupadas.

—Una vez estuvo en mi casa porque teníamos una camada de cachorros para vender. A cinco dólares. Nuestra collie tuvo una aventura con el perro de un vendedor itinerante de origen indeterminado. Nos compró un cachorro. Se sentó en el suelo y dejó que los cachorros se le subieran encima. Y se reía como una loca. Tenía una risa preciosa.

»Lo siento. Hablo demasiado, ¿verdad?

—No. No sabía nada de todo esto. No sé lo suficiente. ¿Fue ese el perro que...?

—Sí. Lo llamó Héroe. El viejo Fred Bates lo encontró vagando por la carretera, lo subió a la furgoneta y lo llevó de vuelta a la casa. Fue él quien la encontró aquella mañana. Un día triste. Pero ahora tú estás aquí. —Patty volvió a poner su mano sobre la de Cilla—. Volverá a haber luces y música.

—Te compró el perro a ti —murmuró Cilla— y la propiedad a tu abuelo. —Miró a Gavin—. Supongo que es otro círculo. A lo mejor podrías ayudarme con los jardines.

—Me encantaría.

—Hoy he contratado a un paisajista, pero tengo que decidir qué pondré. Me he comprado un libro de jardinería sobre esta zona, pero me vendrían bien algunos consejos.

—Eso está hecho. Y tengo un par de libros de jardinería que te darán ideas.

—¿Un par?

Gavin sonrió ante la mirada de desesperación de su esposa.

—Algunos más. ¿A quién has contratado?

—A un tal Morrow. Brian Morrow.

—Buena elección. Trabaja bien, y es de fiar. Era una estrella del fútbol en el instituto, y nunca se esforzó por ser algo más que un estudiante mediocre. Sin embargo ha montado un buen negocio y se ha labrado una buena reputación.

—Eso me han dicho. Hoy he conocido a otro de tus antiguos alumnos. Ford Sawyer.

—Claro —intervino Patty—. Vive al otro lado de la carretera.

—Siempre fue un chico listo. —Gavin asintió sobre su taza de té—. Un poco soñador, pero si lo motivabas, lo aprovechaba. A él también le ha ido bien.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—Escribe novelas gráficas. También las ilustra, lo que no es muy habitual, según dicen. ¿Te suena *El Buscador*? Es suyo. Es interesante.

—*El Buscador*. ¿En plan superluchador contra el crimen?

—Algo por el estilo. Un detective privado que pasa por una mala racha tropieza con el complot de un loco para destruir la mayor obra de arte del mundo usando un aparato molecular que lo vuelve invisible. Sus intentos por detenerlo, y alcanzar la fama y la fortuna, se saldan con el asesinato de su leal novia. A él lo dan por muerto, pero ha estado expuesto al aparato...

—Y adquiere el poder de la invisibilidad —acabó Cilla—. He oído hablar de él. A un par de chicos de los que trabajaban en mis pelis les encantaban las novelas gráficas. Como a Steve —dijo, refiriéndose a su ex marido—. Se pasaban el día discutiendo si el Buscador era mejor que el Caballero Oscuro o si los X-Men eran mejores que los Cuatro Fantásticos. Cuando se me ocurrió hacer un comentario sobre los hombres maduros y los cómics, me miraron muy mal.

—A Gavin le gustan. Sobre todo los de Ford.

—¿De verdad? —La imagen del tranquilo profesor de instituto leyendo cómics de superhéroes la divirtió—. ¿Porque era alumno tuyo?

—Desde luego ese es un factor importante. Pero el chico cuenta una historia buena y con contenido centrada en un personaje complicado que busca la redención persiguiendo el mal. Intentó hacer lo correcto, pero por razones erróneas. Detener a un loco, pero para su beneficio personal. Y ese acto le cuesta la vida de la mujer que lo amaba y a la que él trataba con descuido. Su poder de invisibilidad se convierte en una metáfora: será un héroe, pero nunca lo verán. Un trabajo interesante.

—Es soltero —añadió Patty, y eso hizo reír a Gavin—. Bueno, lo digo porque vive enfrente y Cilla estará sola en esa casa. Le apetecerá tener compañía de vez en cuando.

«Corta por lo sano cuando estás a tiempo», decidió Cilla.

—La verdad es que dedicaré los días a la reforma y las noches a planificar las fases de las obras. Durante una temporada estaré demasiado ocupada para necesitar compañía. De hecho, debería volver. Mañana tengo el día muy lleno.

—Oh... ¿no puedes quedarte a cenar? —protestó Patty—. Date el gusto de una buena comida casera antes de irte. Tengo la lasaña preparada, a punto para meterla en el horno. No tardará nada.

—Suena de maravilla. —Cilla se dio cuenta de que era verdad—. Me encantaría quedarme a cenar.

—Quédate aquí sentada y toma otro vaso de té con tu padre. Cilla observó a Patty mientras su madrastra se levantaba, atravesaba el patio y entraba en la casa.

—¿Debería ayudarla?

—Le gusta cocinar. La relaja, como a mí la jardinería. Preferirá que te quedes aquí sentada y la dejes a su aire.

—La pongo nerviosa.

—Un poco. Se le pasará. Lo que sí puedo decirte es que se habría llevado una desilusión si no te hubieras quedado a cenar. La lasaña es su especialidad. Todos los veranos prepara la salsa con mi cosecha de tomates y hace conserva.

—Me tomas el pelo.

Los labios de él se apretaron ante la rápida y absoluta sorpresa de su hija.

—Esto es otro mundo, cariño.

—Ya lo veo.

Cilla estaba descubriendo que en ese mundo la gente comía lasaña hecha en casa y tarta de manzana, y las comidas eran una forma de alimentarse y no un acto social. Y el invitado o pariente —ella creía estar en medio de los dos conceptos— se llevaba una ración de cada envuelta en papel de aluminio. Si el invitado/pariente tenía que conducir, solo le ofrecían una copa de vino con la cena y al final lo despejaban con un café.

Cilla miró su reloj y sonrió. Estaría cruzando la puerta de su casa a las ocho.

Tras guardar las dos raciones en su funcional neverita, Cilla apoyó las manos en las caderas y paseó la vista alrededor. Las desnudas bombillas proyectaban una luz áspera y sombras du-

ras, iluminaban el yeso agrietado y las tablas arañadas del suelo. «Pobrecita mía —pensó—. Necesitas desesperadamente un lifting.»

Cogió la linterna, la encendió, apagó las bombillas del techo y alumbrándose con la linterna se dirigió hacia la escalera.

Desde la ventana de la fachada vio las luces que centelleaban en las casas desperdigadas por las colinas y los campos. Supuso que otras personas habrían terminado su cena casera y se habían sentado a ver la televisión o a poner orden en el papeleo. Quizá estaban acostando a los niños o diciéndoles que se sentaran a hacer los deberes.

Dudaba que alguien estuviera leyendo los cambios del guión para el rodaje del día siguiente o bostezara intentando aprenderse sus frases. Era una insensatez envidiarlos por tener lo que ella nunca tuvo, pensó Cilla.

Buscó las luces de la casa de Ford.

¿Estaría ideando la siguiente aventura del Buscador? ¿Morisqueando tal vez una pizza congelada, lo que ella imaginaba la comida casera del soltero? ¿Y qué hacía un escritor de cómics —perdón, de novelas gráficas— viviendo en una antigua casa victoriana reformada con mucho gusto en la Virginia rural?

Un novelista gráfico soltero, recordó con una sonrisita, con un acento sureño indiscutiblemente sexy y unos andares perezosos que rozaban la arrogancia. Y un perrito de lo más raro.

Fueran cuales fuesen las razones, ver las luces encendidas al otro lado de la carretera resultaba agradable. Cerca pero no demasiado. Por extraño que pareciera, la reconfortaron; se volvió para seguir subiendo con la intención de meterse en el saco de dormir y pensar en sus planes.

El móvil la despertó de un sueño profundo, abrió los ojos de golpe y volvió a cerrarlos cegada por el resplandor de la luz que

había olvidado apagar antes de quedarse dormida. Maldiciendo, abrió un poco un ojo y palpó el suelo con la mano en busca del móvil.

¿Qué hora era?

Con el corazón acelerado, vio la hora en el teléfono —las 3.28— y el número de su madre en la pantalla.

—Mierda. —Cilla abrió el móvil—. ¿Qué pasa?

—Bonita forma de contestar al teléfono. ¿Ya no te molestas en saludar?

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—No estoy contenta contigo, Cilla.

«Qué novedad —pensó Cilla—. Y tú estás borracha o colocada. Más de lo mismo.»

—Bueno, me duele oír eso, sobre todo a las tres y media de la madrugada, hora en la costa Este. Que es donde estoy, ¿recuerdas?

—Sé dónde estás. —La voz de Bedelia se volvió más aguda aun arrastrando las palabras—. Lo sé perfectamente. Estás en casa de mi madre; me engañaste para que te la diera. Quiero que me la devuelvas.

—Estoy en casa de mi abuela; tú me la vendiste. Y no puedes recuperarla. ¿Dónde está Mario? —preguntó, refiriéndose al marido de su madre en aquel momento.

—Mario en esto no pinta nada. Esto es entre tú y yo. ¡Somos todo lo que queda de ella! Sabes perfectamente que me pillaste en un mal momento. Te aprovechaste de mi vulnerabilidad y mi dolor. Quiero que vuelvas de inmediato y rompas los documentos de traspaso o lo que sean.

—¿Y tú romperás el cheque al portador por el precio de la compra?

Hubo un silencio tenso y largo durante el cual Cilla se tumbó y bostezó.

—Eres fría y una desagradecida.

La fina capa de lágrimas sobre las palabras era demasiado

calculada y demasiado conocida para provocar una reacción en Cilla.

—Sí que lo soy.

—Después de todo lo que he hecho por ti, de todos los sacrificios que he hecho, y que tú has desperdiciado... Ahora, en lugar de desear compensarme por todos los años en que fuiste mi prioridad, me echas en cara el dinero.

—Considéralo así si quieres. Me quedo la granja. Y por favor, te lo ruego, no malgastes mi tiempo ni el tuyo intentando convencerme de que este lugar te importa. Estoy aquí y he visto lo mucho que te importa.

—¡Era mi madre!

—Sí, y tú eres la mía. Cada uno tiene que llevar su cruz.

Cilla oyó el estrépito y visualizó el vaso, los cubitos de hielo y el vodka Ketel One —la bebida preferida de su madre por las noches— estrellarse contra la pared más cercana. Después empezó el llanto.

—¿Cómo puedes decirme algo tan horrible?

Tumbada boca arriba, Cilla se colocó un brazo sobre los ojos y dejó que su madre se desahogara.

—¿Por qué no te vas a la cama, mamá? No deberías hacer estas llamadas cuando has bebido.

—Para lo que te importa... Tal vez haga lo mismo que ella. Tal vez acabe con todo.

—No digas eso. Te sentirás mejor por la mañana. —«Posiblemente»—. Necesitas dormir unas horas. Tienes que pensar en tu espectáculo.

—Todos quieren que sea ella.

—No, no es verdad. —«Eso solo lo piensas tú»—. Vete a la cama, mamá.

—Mario. Quiero a Mario.

—Vete a la cama. Yo me encargo de todo. Llegará. Prométeme que te irás a la cama.

—Vale, vale. De todos modos, no quiero hablar más contigo.

Cuando la línea se cortó, Cilla se quedó inmóvil un momento. El desaire final significaba que Dilly estaba en las últimas: se iría a la cama o sencillamente se tumbaría en la superficie que tuviera más a mano y se quedaría frita. Pero habían cruzado a la zona de peligro.

Cilla apretó la tecla de marcado rápido que había destinado a Número Cinco.

—Mario —dijo cuando él contestó—, ¿dónde estás?

Tardó menos de un minuto en resumirle la situación; luego cortó las explicaciones de Mario y colgó. Estaba segura de que iría enseguida a casa y ofrecería a Dilly la simpatía, la atención y el consuelo que deseaba.

Desvelada y enfadada, Cilla salió del saco de dormir. Con la linterna en la mano, fue al baño, y después bajó a buscar una botella de agua. Antes de volver a la cocina, abrió la puerta y salió a lo que quedaba del porche.

Vio que todas las bonitas luces chispeantes se habían apagado y que la oscuridad en las colinas era total. A pesar de las estrellas cuyo tenue resplandor atravesaba las nubes, pensó que era como meterse en una tumba. Negro, silencioso y frío. Las montañas parecían haberse recogido para pasar la noche, y el aire estaba muy quieto, tan absolutamente quieto que imaginó que podía oír respirar a la casa detrás de ella.

—¿Amiga o enemiga? —preguntó en voz alta.

Mario correría a la casa de Bel Air, susurraría y acariciaría, halagaría y convencería, y por fin levantaría a su borracha esposa en sus musculosos (y jóvenes) brazos italianos y la llevaría hasta la cama.

Dilly diría (lo decía a menudo) que estaba sola, siempre muy sola. Pero no sabía el significado de esa palabra, pensó Cilla. No sabía lo sola que se podía estar.

—¿Y tú? —preguntó a Janet—. Creo que tú sí sabías lo que era estar sola. Estar rodeada de gente y sentirte completa y miserablemente sola. Pues mira, yo también. Y esto es mejor.

Mejor estar sola en una noche silenciosa, que sola entre una multitud, pensó Cilla. Mucho mejor.

Volvió a entrar y cerró la puerta con llave.

Y dejó que la casa suspirara a su alrededor.

3

Ford pasó dos horas enteras observando a Cilla con los prismáticos y dibujándola desde varios ángulos. Al fin y al cabo, la idea había nacido tanto de su manera de moverse como de su aspecto. Las líneas, las curvas, la figura, el color, todo formaba parte del conjunto. Pero el movimiento era la clave. Gracia y flexibilidad. No era un ballet, no, no era eso. Era más bien... la elegancia del esprinter. Fortaleza y decisión más que arte y fluidez.

La gracia del guerrero, pensó. Precisa y mortal.

Deseó poder verla con el pelo suelto en vez de recogido en una cola. Una mirada a sus brazos ayudaría, y a sus piernas. Y, qué caramba, no le ofendería ver otras partes de ella.

La buscaría en Google, estudiaría algunas fotografías y alquilaría sus películas para poder estudiarlas también. Pero la última película que había hecho —*¡Yo también vigilo!*— era de hacía ocho años.

Él quería a la mujer, no a la muchacha.

Ya tenía el argumento de la historia en la cabeza, apretujado en alguna parte y pugnando por salir. La noche anterior había hecho trampa, había robado un par de horas a su última novela del Buscador para elaborar un esquema. Y quizá hoy también repetiría, pero quería hacer un par de dibujos a lápiz cuando tuviera más esbozos detallados.

El problema, maldita sea, era que la modelo llevaba demasiada ropa.

—Me encantaría verla desnuda —dijo, y Spock soltó una especie de ronquido de complicidad—. No así. Bueno, sí, así también. ¿A quién no? Pero ahora hablo profesionalmente.

Spock rodó a un lado soltando gruñidos y gemidos.

—Soy un profesional. Me pagan y tal, por eso puedo comprarte comida.

Spock mordió el magullado osito que arrastraba a todas partes, rodó otra vez y lo soltó a los pies de Ford. Después se puso a moverse esperanzadamente sin alejarse.

—Creía que esto ya había quedado claro. Darle de comer es tu responsabilidad.

Pasó del perro y volvió a pensar en Cilla. La visitaría otra vez en plan «Hola, vecina». A lo mejor la convencía para que posara para él.

Dentro cogió el cuaderno de dibujo, los lápices, un ejemplar de *El Buscador: Desaparecido*, y después caviló qué podía haber en la casa que le sirviera como soborno.

Se decidió por una botella de cabernet, la metió en la bolsa y salió a la calle. Spock abandonó el oso y le siguió apresuradamente.

Ella lo vio acercarse mientras echaba otro cargamento de basura y escombros en el contenedor que había alquilado. Dentro de la casa había amontonado madera y molduras en buen estado que esperaba poder aprovechar. Lo demás tendría que desaparecer. Los sentimientos no restauraban por obra de magia la madera podrida.

Cilla tiró la carga y después apoyó las manos enguantadas en las caderas. ¿Qué querían ahora el guaperas de su vecino y su gracioso chucho?

Se fijó en que se había afeitado. Eso significaba que la barba